

La polémica sobre el imperialismo, la cuestión nacional y el peronismo en Milcíades Peña y Jorge Abelardo Ramos

En la década de 1930 los incipientes grupos trotskistas en Argentina generaron un fuerte debate en torno a la teoría leninista sobre el imperialismo. La primera cuestión que se debatió radió en el carácter de la revolución en Argentina: ¿sería la misma una revolución democrática burguesa o una revolución socialista? En un escenario en cual los partidos stalinistas dominaban el debate intelectual de izquierda, el surgimiento del peronismo en la década posterior, obnubiló las recetas que proyectaba Moscú sobre la posibilidad del triunfo de la revolución en América Latina.

A esto fenómeno hay que sumarle los cuestionamientos a una lectura determinista y mecanicista del marxismo que partían de los trabajos de Silvio Frondizi y Milcíades Peña. En un contexto mediado por la caída del peronismo en 1955 y el carácter de la sociología de la modernización latente en los años sesenta, tanto Silvio Frondizi (1907-1974) como Milcíades Peña (1933-1965) fueron los primeros intelectuales de izquierda en utilizar el corpus teórico del materialismo histórico para analizar el proceso político argentino, alejándose del reduccionismo economicista imperante en el marxismo ruso. Por su parte, Jorge Abelardo Ramos (1921-1994) se posicionó como una de las figuras más representativas del campo intelectual de una izquierda nacional que reivindicó al peronismo.

La obra de Jorge Abelardo Ramos y los artículos del joven Peña, publicados en su innovadora revista *Fichas de Investigación Económica y Social*, encararon un debate profuso sobre el carácter de la revolución, la evolución industrial en Argentina, las características de la burguesía nacional; el papel del proletariado en la liberación nacional, el peronismo y el imperialismo. Por lo expuesto, el presente trabajo pretende dar cuenta de la polémica Peña-Ramos tomando como eje los tópicos señalados. Para esto se utilizó la revista *Fichas* y parte de los escritos de Ramos en los cuales expuso su postura frente al fenómeno peronista.

Entendemos que el trabajo puede aportar a reconstruir los avatares del pensamiento marxista argentino, trayendo al presente uno de los fenómenos más discutidos en los acuciantes debates teóricos-políticos elaborados por la izquierda argentina entre los años 1930-1960. Por añadidura, hay que señalar que la discusión entablada por Peña y Ramos no carece de vigencia en un contexto de fuerte transnacionalización del capital, el derrumbamiento de las antiguas categorías de Estado- Nación y la uniformación de un mercado planetario consagrado como único modo de pensar corporizada en una categoría denominada “globalización”.

Antecedentes de la polémica Peña-Ramos

Los trotskistas argentinos no sólo trasladaron la teoría leninista tomando el análisis realizado por León Trotsky para la Revolución Rusa. Sobre ese corpus de análisis se destacaba la idea del desarrollo combinado y el concepto de revolución permanente. El primero, estipulaba que en los países semicoloniales el desarrollo industrial se producía por vía del desarrollo combinado, es decir, fomentar el crecimiento industrial en la estructura atrasada del país. (Trotsky, 1997/1917). El segundo estaba relacionado al el carácter de la revolución

Rusa. Según Trotsky, el alzamiento de octubre había llevado al proletariado y al campesinado al poder y estos sectores no podían limitarse a implementar solo medidas de carácter democrático, sino que, por su misión histórica, era necesario concretar la revolución socialista. Al igual que Marx, Trotsky rechazaba la idea de que la clase obrera debía llevar adelante el programa de liberación nacional de la burguesía. El esquema fue injertado por el trotskismo argentino en la década de 1930, empeñándose en comprender la situación socio-cultural del continente americano y la relación de lo que luego se denominaría centro-periferia.

En líneas generales, la izquierda argentina tomaba el análisis leninista sobre el imperialismo. Lenin había apuntado al carácter semicolonial de la Argentina. Tomando este análisis el Silvio Frondizi editorializaba que en los países europeos con mayor excedente de capital y tecnologías, el capitalismo, en su etapa ascendente, pudo expandirse gracias a que las contradicciones del sistema no habían comenzado a actuar de forma intensa. Coexistieron intereses contrapuestos entre la casta terrateniente y la burguesía industrial. Por otro lado, estos países no sufrieron la embestida del sistema imperialista (*Estrategia*, n°1, 1957).

Sin embargo y más allá de estos miramientos que generaron debates maratónicos, la lucha de ideas dentro del trotskismo rodaron en torno al programa y la debilidad del mismo para atraer obreros a la causa de la revolución. Las cuestiones a resolver estaban centradas en el carácter de la revolución en los países atrasados y el lugar que ocuparían en el sistema capitalista global. Por un lado, se hallaba el concepto de revolución democrático-burguesa. Ésta remitía a la idea de independencia nacional, a la reforma agraria, a la expansión industrial y a la consolidación de la democracia. Por otro lado, reinaba el concepto de revolución socialista cuyas bases eran la socialización de los medios de producción, la dictadura del proletariado y la revolución internacionalista.

Uno de los referentes en los años treinta de esta polémica fue el trotskista Antonio Gallo quien a través de sus escritos intentó dar cuenta de la especificidad del capitalismo argentino (Gallo, 1940, en: González, 1995, p. 70) Militante de la Liga Obrera Socialista (LOS), para Gallo la revolución debía ser socialista, ya que en la Argentina había proletariado, plusvalía y por ende, lucha de clases. Negaba la problemática de la liberación nacional y consideraba que la Argentina era una "semicolonia avanzada", con una burguesía que se hallaba entrelazada por lazos económicos y diplomáticos con el imperialismo inglés. El capital argentino sufría una debilidad estructural debido a su tardía constitución. En consecuencia, la burguesía local no estaba interesada en llevar adelante la lucha antiimperialista, de modo tal que las etapas fundamentales de la revolución democrático-burguesa quedaban incompletas (Justo, 1940, p. 33, en: González, 1995, p. 66).

La respuesta a Gallo provino de Liborio Justo (Quebracho) que a la sazón lideraba el Grupo Obrero Revolucionario (GOR). Justo se inclinaba a apoyar a los movimientos burgueses de liberación nacional en los países oprimidos. Para Justo, la Argentina también era un país semicolonial, dominado por el imperialismo inglés a través de sus socios menores; la oligarquía ganadera y la burguesía comercial. En su concepción, el imperialismo había impedido la constitución de una burguesía industrial, de modo tal, que era el proletariado quien lucharía por la emancipación.

La postura de Justo cuestionaba la posición de Gallo quien le sustrajo importancia a la problemática de la liberación nacional. Según Gallo, la lucha contra el imperialismo era, en primera instancia, la lucha contra la burguesía nacional, mientras que para Justo el error que cometía Gallo era primero luchar en contra de la burguesía nacional para luego derrotar al imperialismo. Justo entendía la teoría trotskista de la revolución permanente en clave de "liberación nacional" (Tarcus, 1996, p. 95). Por su parte, Gallo criticaba indirectamente a

Justo porque reemplazaba la dinámica de la lucha de clases por nociones puramente nacionales.

La polémica Peña-Ramos se alimentó también de una suerte de “revisionismo de izquierda” gracias al surgimiento del peronismo en 1946. La llamada “izquierda nacional” surgida a mediados de la década de 1940, creyó que el peronismo era una etapa necesaria en el proceso de formación de una conciencia nacional para la materialización de un socialismo vernáculo. Esta izquierda contaba con figuras como el mismo Ramos, Jorge Enea Spilimbergo y Norberto Galasso. A pesar de poseer una débil estructura institucional, desarrolló una influyente acción político- cultural a través de la edición de periódicos, revistas, libros y el dictado de cursos de formación juntos con otras figuras destacadas de la izquierda (Tarcus, 1996, p. 23). En otros casos, se realizaron esfuerzos individuales por interpretar la historia argentina y el peronismo. Aquí podemos mencionar a los denominados “disidentes partidarios”, entre ellos Milcíades Peña o Rodolfo Puiggrós quienes rompieron con sus respectivos partidos.

De la izquierda al peronismo: los que se fueron

Dentro de las filas del Partido Comunista (PC) entre los años 1945-1947 emergió un grupo de disidentes que encararon una reformulación del peronismo y de su política económico-social. El germen de la disputa fue la caracterización del PC frente al naciente fenómeno. La “corriente autocrítica” –en la que se hallaba el intelectual Rodolfo Puiggrós– creyó que por primera vez en la argentina había surgido “un gran movimiento de masas con una plataforma antiimperialista y de emancipación nacional” (Amaral, 2000, p. 23). Desde la revista *Clase Obrera* – fundada por los disidentes del PC con 56 números aparecidos entre mediados de 1947 y fines de 1955- los “disidentes” debatían con sus otrora compañeros de ruta acerca del carácter de la burguesía industrial argentina, el “imperialismo yanqui” y el rol del peronismo.

La posición del PC frente al peronismo respondió al llamado de Moscú de crear frentes populares para enfrentar al fascismo.¹ Sin embargo, en 1947 un grupo de militantes del PC como Puiggrós y Eduardo Astesano, realizaron un análisis que difería del articulado por la dirigencia partidaria. La disidencia que se autodenominó “Movimiento Obrero Comunista” evaluó que el peronismo era un movimiento antiimperialista y de emancipación nacional. En una segunda etapa de caracterización creyeron que el peronismo tenía que completar la revolución agraria y antiimperialista; mientras que en una tercera etapa, ya fuera del PC, los disidentes le otorgaron al peronismo un carácter revolucionario que llevaría adelante la revolución democrática burguesa. El ensayo de Eduardo Astesano maniobró en esa dirección. En su obra *El justicialismo a la luz del materialismo histórico* (1953) reprochaba a la izquierda por su marcada “ceguera” tributaria de una postura liberal-burguesa, que

¹ El análisis realizado por Victorio Codovilla, uno de los dirigentes más destacados del PC, respondía a estas circunstancias particulares. En una conferencia brindada en diciembre de 1945 llamó a crear un frente democrático para vencer al nazifascismo, encarnado en la figura de Perón en las elecciones que se aproximaban. Alegaba que la Unión Democrática, la coalición opositora a Perón, contaba con la “parte más consciente y combativa del movimiento obrero; los sectores progresistas de la industria y el comercio” y que dicho frente albergaba a la “gran mayoría de la Nación”. Por su parte, Perón contaba con los puestos decisivos del gobierno, grupos armados de tipo fascista, pero sobre todo, “los sectores menos politizados de la clase obrera”. Tras el 11 ° Congreso del PC argentino (1946) la táctica para alcanzar el objetivo estratégico (la revolución democrática burguesa) va a tomar un rumbo diferente. Así las cosas, para 1948, Codovilla llama a crear un Frente Democrático Antiimperialista bajo la hegemonía del PC Pero ahora los aliados que se buscaban no estaban por fuera del peronismo sino que también están dentro de él. El llamado al frente responde a otra coyuntura internacional: vencido el fascismo y el nazismo, las dos potencias (EEUU y la URSS) comienza a librar la “batalla” que se denominaría “Guerra Fría”. Ver Codovilla, 1945.

identificó al peronismo con el fascismo. Para Astesano, el peronismo era “revolucionario”, “una tercera forma” de revolución que apareció en América, Asia y África: la revolución de la nueva democracia. Según Astesano solo bastaba que estas clases se opusieran al imperialismo para que pasaran a formar parte de la revolución socialista (Astesano, 1953).

En un tercer período, 1955-1965, las figuras de los “disidentes”, comienzan a realizar un análisis más exhaustivo sobre el peronismo, entroncado con la desaparición del gobierno justicialista de la escena nacional tras el golpe de estado de 1955 y el surgimiento de una marcada militancia política en las bases peronistas que dio a luz la llamada “resistencia”. Se constituye el llamado “nacionalismo popular revolucionario”, cuyas raíces históricas fueron trazadas por el revisionismo histórico en las figuras de Rosas, Irigoyen y Perón. Por añadidura, emergió un “nacionalismo de izquierda” pensado como una transición entre el peronismo y alguna fórmula ecléctica de “socialismo nacional” (Tarcus, 1997, p. 24). Sus ideólogos fueron John William Cooke, Rodolfo Puiggrós y Juan José Hernández Arregui.

Por añadidura, hay que marcar que desde el campo de la izquierda, se inició en los años cincuenta una suerte de renovación intelectual que caló hondo en la interpretación del marxismo. La muerte de Stalin (1953), la denuncia de sus crímenes en el XX Congreso de la URSS y el surgimiento de un pensamiento marxista que anclaba en una relectura humanista y antistalinista, fueron los pivotes de esa renovación. Silvio Frondizi y Milcíades Peña anclaron sobre este telón de fondo que prometía una “vuelta a Marx”, sin las bifurcaciones postuladas por el stalinismo sobre el andamiaje filosófico de la teoría.² Tanto Peña como Frondizi compartían la noción de hombre total, como sujeto y objeto del devenir, dueño de sí mismo como individuo, como ser social y como parte de la humanidad, gracias a la lectura de los Manuscritos económico-filosóficos de Marx. Sobre este telón de fondo descripto, emergió la polémica Ramos- Peña.

La polémica Peña- Ramos

La revista Fichas

Milcíades Peña desde muy joven había militado junto a otro destacado dirigente del trotskismo argentino llamado Nahuel Moreno (Hugo Bressano). Su formación autodidacta, por fuera del ámbito universitario, lo convirtió en uno de los exponentes más lúcidos del marxismo a finales de 1950 y comienzos de 1960. Al alejarse del grupo de Moreno, Peña fundó la revista *Fichas de Investigación Económica y Social*, cuyo primer número salió en el año 1964. *Fichas* contribuyó a la modernización cultural de los años sesenta. En *Fichas* se desarrollaron nuevas técnicas de investigación aunada a una crítica a la ideología de la modernización ya que consideraba que la Argentina seguía siendo un país atrasado. En la publicación, Peña demostraba un sólido conocimiento epocal sobre la sociología, la antropología y la sociología norteamericana. El lector también puede encontrar en *Fichas* un desprecio por el mundo universitario o académico. Los artículos editorializados, la mayoría escritos por Peña con diferentes seudónimos, como Víctor Testa o Gustavo Polit, tocan temas como la estructura de clases de la Argentina, el análisis comparado de los modelos de industrialización, el peronismo, la teoría marxista y el método de las ciencias sociales. Con un lenguaje ácido y provocativo, Peña rivalizaba intelectualmente valiéndose de diversas herramientas analíticas para contrarrestar las argumentaciones de Ramos, a quien califica como “el impostor”.

La polémica entre Peña y Ramos comenzó con el artículo publicado en el número 1 de *Fichas*, titulado “La evolución industrial y la clase empresarial en la Argentina” (*Fichas*, nº 1,

² Ver: Terán (1993), Tarcus (2003).

1964). El número 1 de *Fichas* mereció la atención de Ramos quién a través de su obra “La cuestión nacional y el marxismo”, criticó las concepciones de Peña en su investigación. Para Ramos, la revista *Fichas* estaba inscrita en un “socialismo cipayo” y hablaba en nombre de los intereses imperialistas. Aludía a que *Fichas* era dirigida por economistas y sociólogos profesionales, enmascarado con un “pseudo-cientificismo yanqui”. Los prolegómenos del debate asomaron cuando Ramos editorializó:

Todo esto no pasaría de una simple curiosidad “sociológica”, si no fuera que su perceptible redactor, el Sr. Milcíades Peña, no intentara emplear una amalgama de “marxismo” y estadística destinada a volver más accesible a los incautos su mercadería antinacional y antimarxista (Ramos, 1964, p. 295).

A continuación se analizarán los diversos tópicos que utilizaron tanto Peña como Ramos en los pormenores de su polémica. Los mismos son: La política imperialista, el carácter de la revolución, el peronismo y el rol de la burguesía nacional.

Milcíades Peña: la política imperialista

Para Peña la expansión industrial comenzó en los años previos a la Segunda Guerra Mundial y se extinguió después de 1946. Peña utilizó los censos efectuados por la Dirección Nacional de Estadísticas y Censos. Afirmó que entre 1937 y 1946 hubo un aumento del volumen físico de la producción industrial tres veces mayor que los siguientes ocho años (período que abarcó los dos gobiernos peronistas). Según Peña, era una falacia la afirmación según la cual los grandes industriales argentinos eran ex pequeños talleristas enriquecidos, ya que la totalidad de los pequeños talleres permanecían como talleres en tanto que los grandes establecimientos surgieron como grandes unidades de producción. Sugería a que la burguesía industrial nacional antiimperialista, era solo una de las aspiraciones del peronismo y cuestionaba la idea de una burguesía industrial argentina enfrentada al capital internacional, enmarcada en un proyecto de industrialización.

Pero ¿cómo se desarrolló para ambos intelectuales la burguesía industrial? Siguiendo a Ramos, ésta se habría desarrollado caóticamente, siendo que un operario se asociaba con otro, montaba un pequeño taller, se expandía y se hacía burgués (Ramos, 1957, p. 397). Fiel a su espíritu científico, Peña tomó los censos industriales pre peronistas, peronistas y post peronistas y acorde a la evidencia, desestimó la afirmación de su oponente. Los grandes industriales argentinos no eran ex talleristas enriquecidos. Los establecimientos fundados antes de 1935 aportaban el 54 % de la producción total. Los censos industriales de 1937 en adelante, demostraban que los establecimientos más pequeños que ocupaban entre 10 y 25 obreros duplicaban las cifras de obreros entre 1937 y 1946, aumentando solo un 11 % entre los años 1946 y 1954. Los establecimientos con 50 a 100 obreros advertía una disminución absoluta en el número de establecimientos en este último periodo (*Fichas*, n° 1, 1964, pp. 18-19).

En consecuencia, Peña insistía en que la industrialización del país estuvo condicionada por el capital extranjero, y que el máximo impulso industrialista se habría producido a finales de 1930 y principios de 1940 y no durante la época peronista. La burguesía industrial estuvo siempre ligada a la clase terrateniente- dice Peña- y a las metrópolis imperialistas (*Fichas*, 1964, n° 4, p. 16). Por medio del análisis de los datos arrojados por los censos industriales, llegó a la conclusión de que no existía un entrelazamiento económico y social entre terratenientes e industriales, ya que, para Peña, la burguesía nacional nació como segregación de la clase terrateniente. (*Fichas*, 1964, n° 4, p. 14).

Siguiendo el argumento de Peña, existió una unidad de intereses entre las metrópolis y las clases dominantes nacionales. Pero subrayó que “unidad” no es sinónimo de “identidad”, y esto no excluye los conflictos entre ambas partes. En coyunturas económicas prósperas ambos socios vieron acrecentar sus caudales, forjando una convivencia pacífica. Por el contrario, en periodos de crisis la tasa de ganancia disminuía y el capital imperialista buscaba volcar las pérdidas sobre el más débil. Para Peña “las clases dominantes nacionales reaccionan entonces gravando de mil modos las ganancias imperialistas, y la diferencia entre ambos socios resalta claramente, llegando hasta la violencia” (*Fichas*, 1964, nº, p. 15).

El capital financiero internacional cumplía un papel cardinal en los países semicoloniales, controlando un reducido número de empresas industriales de gran importancia en cada rama de la industria, por el monto de capital, el volumen de producción y el número de obreros que ocupaban. Acorde con estos datos, la visión de Peña era determinante: el imperialismo se manifestaba en la expansión de los monopolios de las grandes potencias que levantaban industrias en los países atrasados o se apropiaban de las ya existentes. De esta forma, el capital internacional perpetuaba el atraso del país y el crecimiento industrial, incrementando la dependencia de las metrópolis. Simplificando el análisis de Peña, la Argentina era un país semicolonial porque no había atravesado por una revolución industrial. Según Ramos, la Argentina había atravesado una verdadera “revolución industrial” generando una pseudoindustrialización. Por oposición, Peña consideraba una torpeza intelectual que excusaba la diferencia entre industrialización y pseudoindustrialización. Las industrias imperialistas se veían condescendidas con la pseudoindustrialización porque ello originaba una creciente demanda de esos productos, sin perjudicar los intereses de las potencias imperialistas al dejar en pie el atraso que era la fuente de las ganancias (*Fichas*, nº1, 1965, p. 64).

El carácter de la revolución: nacionalismo y burguesía

Como ya hemos señalado, la polémica Peña- Ramos volvió a retomar el debate de los trotskistas de la década del 1930 y 1940 sobre el carácter de la revolución (democrática burguesa o socialista). En el caso de Peña, el problema nacional era parte integrante de una posición de clase y no algo exterior a ella. Así profundiza Peña este argumento: “Un criterio de clase que no incluya la cuestión nacional no es un criterio de clase sino solo el esqueleto de tal criterio, que se aproxima inevitablemente a un estrecho punto de vista gremialista o sindicalista” (*Fichas*, nº 8, 1965, p. 41). Solo el proletariado estaba en condiciones de conducir a la liberación nacional a través de su principal arma: la lucha de clases. La esencia de la política marxista ante la cuestión nacional era sacar al país del atraso y a la dependencia, oponer al proletariado a la burguesía nacional (*Fichas*, nº 8, 1965, p. 42). Timorata y dependiente, la burguesía nacional no podía sacar al país del atraso para luego llamar a la clase obrera a la conquista del poder. El proletariado era conceptualizado como el único sujeto capaz de realizar esa tarea sosteniendo que la autodeterminación nacional tenía grados y niveles. Hasta que no se alcanzase la sociedad comunista, según Peña, esta autodeterminación será atributo de las grandes potencias continentales imperialistas o socialistas. En el caso de América Latina, la única forma viable de unidad era una Federación de Estados Obreros, ya que las burguesías latinoamericanas estaban despojadas de “una política continental”.

El peronismo

La política económica del peronismo fue otro de los focos de discusión entablado por Peña y Ramos. Peña sostenía que la Unión Industrial Argentina (UIA) durante el periodo 1943-1946 junto con otras entidades empresariales, rechazaron al gobierno instaurado tras el golpe de

estado de 1943 y la candidatura de Perón. A renglón seguido, sostenía que la industria era el sector que más intensamente necesitaba capital norteamericano. Por ende, era natural que la burguesía industrial apoyara a EEUU contra Perón, que alejaba al capital norteamericano” (*Fichas*, nº 1, 1964, p. 75). El triunfo electoral del peronismo obligó a la burguesía argentina a negociar con el presidente electo, llevando a Perón a una doble política con respecto a las entidades empresariales: de acercamiento y diálogo, por un lado, de represión y de liquidación, por el otro. De esta forma, en 1953 la UIA fue reemplazada por la Confederación General Económica (CGE), entidad que nucleaba a toda la burguesía argentina según Peña. (*Fichas*, nº 1, 1964, p. 113). Esta idea le granjeó al joven Peña. Diversos fueron los autores que aspiraron a impugnar la postura de Peña. Entre ellos podemos mencionar al intelectual marxista Rodolfo Puiggrós, al economista Eduardo Jorge, y al trotskista Osvaldo Coggiola.³

Peña impugnó el mito del peronismo “como agente propulsor de la industrialización”, siendo que el aparato productivo se deterioraba y no se renovaba. Con respecto a las nacionalizaciones, alegaba que con las divisas otorgadas a los inversores extranjeros, el gobierno peronista pudo haber instalado cuatro plantas siderúrgicas capaces de producir un millón de toneladas de acero y una planta con capacidad para 500.000 toneladas; o instalado cuatro centrales hidroeléctricas (*Fichas*, nº4, pp 26-29). La dilapidación de divisas y el nulo desarrollo de la industria siderúrgica entre 1946-1955, era el mayor indicador que mostraba las deficiencias de la política peronista para llevar a buen puerto el proceso de industrialización. En consecuencia, el peronismo había dejado en pie la estructura económica-social que sustentaba el atraso y la subordinación a las metrópolis.

Si bien Ramos creía que “el peronismo redujo la dependencia del imperialismo en el orden interno a una expresión ínfima...” (Ramos ,1949, p. 194).

Para *Fichas*,

En un país semicolonial como la Argentina, extinguir o “reducir a una expresión ínfima la presencia interna del imperialismo, dejando “intactas las bases económicas de la oligarquía” y de la burguesía industrial, constituye un milagro ajeno a las posibilidades de la historia y de la lucha de clases. Por cierto que el peronismo no realizó semejante milagro (*Fichas*, nº 8, 1965, p. 37).

A renglón seguido Peña daba cuenta de la contradicción expuesta por Ramos en una de las obras que antecedieron a la disputa, al afirmar este último que el peronismo parió una revolución, pero que dejó intactas las bases económicas de la oligarquía (Ramos, 1957, p. 435). En un país semicolonial y atrasado como la Argentina, editorializaba, un régimen que deja en pie a estructura social y las relaciones de propiedad no se lo puede calificar o llamar revolucionario. Los delegados de la burguesía sostuvieron al peronismo desde sus orígenes con la multitudinaria marcha del 17 de octubre, según la visión de Peña. A pesar de la gran presión ejercida por la clase obrera en la manifestación, el “poder de la burguesía fue respetado en todo momento y no corrió ningún peligro bajo ningún concepto” (*Fichas*, n 3, 1964, pp. 74-75)

³ Ver: Puiggrós, 1958, p. 52, Coggiola ,1985, pp. 19-20 y Jorge ,1986, p. 34. Éste último se preguntaba: ¿por qué se vio limitada esta burguesía para llevar adelante un proyecto nacional de industrialización? Según Jorge, por su carácter inmigrante. Esta burguesía habría tenido dificultad para “asumir la cuestión nacional y sentir al país como propio.

En consecuencia, para Peña el 17 de octubre no fue ni por sus fines, ni por sus resultados, un movimiento obrero revolucionario que buscaba un cambio en la estructura del poder. Sobre este campo, la burguesía nacional era uno de los nexos entre el capital internacional y la dependencia semicolonial del país.

La burguesía nacional

Para *Fichas*, la burguesía nacional estaba asociada con el imperialismo. En el momento en que la burguesía nacional se veía amenazada en el campo de sus intereses por los capitales extranjeros, inmediatamente asumía sus obligaciones nacionales. La dependencia financiera y técnica de las metrópolis hacía imposible el sueño de la burguesía de emancipar al país de la explotación imperialista. Ante esta imposibilidad, la burguesía asumía un carácter contrarrevolucionario ya que se oponía a las tareas inmediatas de la revolución, a saber: expulsar al imperialismo, liquidar el problema agrario y unificar el continente. Por añadidura, cabe señalar que Peña entendía al igual que Marx que la burguesía europea del siglo XVIII tuvo un carácter revolucionario mientras que en un error conceptual y alejado de la interpretación marxista, Ramos negaba tal evidencia.

La lucha antiimperialista de la burguesía argentina mostraba su verdadera naturaleza en la alianza realizada con los consorcios internacionales, que habían invertido capital en la industria argentina exportando capitales y mercancías que competían con la industria local. Según Peña, allí radicaba la limitada y timorata lucha antiimperialista. En resumen: mientras que Ramos le atribuía a la revista *Fichas* la negación de todo nacionalismo a la clase industrial, Peña entendía que las limitaciones del nacionalismo de la burguesía industrial se veían reflejadas en los intentos de obtener mayores beneficios en sus relaciones con las metrópolis.

Esta caracterización partía de la aplicación que hacía Peña de la teoría del desarrollo combinado. En Argentina, a diferencia de Francia, Alemania, EEUU e Inglaterra, tanto la acumulación capitalista primitiva como la modernización fueron realizadas por la clase terrateniente en alianza con el capital extranjero. Los privilegios monopolistas y el atraso general del país generaban una “mentalidad parasitaria” reacia al progreso técnico y carente de todas las virtudes de la burguesía. La abundancia del suelo argentino explicaría esa mentalidad. El progreso se habría visto limitado por la ganancia inmediata que producía la venta de carnes y cueros. Imperaban grandes desniveles en la estructura económica producto de esta economía dual, gerenciada por las grandes formas de producción capitalistas modernas con un medio pre industrial de producción. Por su parte el “capitalismo de estado” argentino se desempeñaba como el promotor del endeudamiento, no solo por el despilfarro y el empleo irracional de los recursos escasos, sino también, por su asociación con el capital internacional y de sus socios nativos en la industria privada. De resultados, Peña acusaba a Ramos de ser “un apologista del imperialismo, del atraso y la subordinación” ya que Ramos consideraba que las inversiones extranjeras en nuestro país otorgaban beneficios al estado argentino. (*Fichas*, nº 6, 1965, pp. 24-25).

Jorge Abelardo Ramos

La política imperialista

Ramos reflexionaba que al acercarse la Segunda Guerra Mundial la oligarquía terrateniente renovó su adhesión al crecimiento industrial. Para él existía una separación entre la clase terrateniente y la burguesía industrial. Sin embargo, Ramos se eximia de presentar pruebas

para tal afirmación. Pero iba más lejos al afirmar que en la Argentina se había producido una revolución industrial que lesionaba los intereses de las grandes empresas imperialistas.

Otra de las divergencias con Peña giraba en torno al capital extranjero. Ramos aludía a que la industria argentina dependía completamente del capital extranjero en oposición a la postura de Peña. El criterio de Ramos con respecto a la expansión de los monopolios también difería sustancialmente al de Peña: el imperialismo no se manifestaba a través del capital extranjero que levantaba fábricas o se asociaba a las ya existentes sino que, desde el momento en que el capital financiero internacional no invertía ya en empréstitos y servicios públicos, sino en industrias que producían para el mercado interno; “la era de las inversiones imperialistas va quedando atrás”. (Ramos 1949, p. 206). Siguiendo esta idea se desprendería que el crecimiento industrial había emancipado al país de los proveedores de los países centrales. Recordemos que para Peña, el crecimiento industrial basado en la importación de la materia prima había incrementado la dependencia de las metrópolis.

Pero Ramos iba más lejos en su crítica: invocaba que la revista *Fichas* desconocía el carácter semicolonial de la Argentina. En rigor, pareciera que Ramos no había leído en profundidad los artículos de Peña, ya que éste último si reconocía el carácter semicolonial del país. Como ya hemos señalado, para Peña, la Argentina era un país semicolonial porque no ha pasado por una revolución industrial, como supone Ramos; segundo, era un país deudor dependiente de las metrópolis del mundo capitalista; y tercero; en el mercado mundial cumple un papel de proveedor de materias primas (*Fichas*, nº1, 1964, p. 59). Metodológicamente Ramos atribuía a *Fichas* un manejo falso de las estadísticas. Sin embargo, a lo largo de su polémica no impugnó los datos de su oponente con estadísticas u otro tipo de material empírico.

¿Por qué estas divergencias, con respecto a la posición que ocupa el país en el mercado mundial? Ramos tomaba el esquema de Justo, quién presentaba a la Argentina como un país semicolonial dominado por el imperialismo inglés a través de sus socios menores, la oligarquía ganadera y la burguesía comercial. La industrialización habría sido una respuesta de los sectores nacionales del país (el ejército, la burguesía industrial, el proletariado) para recuperar la soberanía. Por su lado, Peña reformulaba el esquema de Gallo para quién la Argentina era una colonia “avanzada”, es decir, un país semicolonial, pseudo industrializado con una burguesía industrial que poseía un nacionalismo de “trocha angosta”. Esta burguesía por su ligazón con los intereses de los países imperialistas, no tenía intenciones de romper con el dominio sin negociar con las empresas extranjeras y con sus socios menores (Tarcus, 1997, p. 381).

Es el propio Ramos quien parecía distanciarse del esquema leninista desde fines del la década de 1940. En 1949 publicó su libro *América Latina Un país* en donde sus posiciones marxistas-leninistas-trozkistas mutaban hacia un nacionalismo latinoamericano, bregando por la unificación política del continente. En esta región había surgido una nueva clase, una burguesía industrial latinoamericana, producto de las convulsiones financieras y militares del imperialismo. Anteriormente a la publicación de la obra citada, Ramos se había “convertido” al peronismo. En rigor, el cambio ideológico se puede rastrear en su efímero periódico *Octubre* editado junto a Niceto Andrés. En el número tres de dicha publicación, Ramos diseñó la idea de unión latinoamericana. Y el peronismo, que en una primera etapa había sido rechazado por Ramos, pasó a ser vislumbrado por él como el impulsor de la revolución democrática burguesa a nivel continental (*Octubre*, nº3 ,1946). La revolución tendría un carácter nacionalista con la participación democrática de las distintas clases sociales, entre ellas, el proletariado. Para él, la lucha entre el proletariado y la burguesía en los países semicoloniales era un esquema árido cuya dinámica estaba obstaculizada por la injerencia de la política imperialista de las potencias centrales. El problema radicaba en que mientras

Peña mantenía el esquema de lucha de clases enarbolado por Marx, Ramos tomaba el problema nacional como una cuestión por fuera de la lucha de clases.

El peronismo

Fueron los trotskistas argentinos los que caracterizaron por primera vez al peronismo como un régimen “bonapartista”. El término aparece frecuentemente en la prensa de izquierda desde mediados de la década de 1940.⁴ Pero fue utilizado precisamente por Ramos en su obra *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*. Así editorializa Ramos la cuestión mencionada:

Conquistado el gobierno por el Frente Unico Antiimperialista de agrupaciones que si bien encarnaban intereses sociales reales, no eran formaciones consolidadas, su destrucción era previsible. Perón las aniquiló y ellas no se resistieron: estaban condenadas a disolverse en esa abstracción incolora e impotente que se llamó, primero Partido Unico de la Revolución y luego, Partido Peronista. Así fue como su gobierno asumió cada vez más un carácter abiertamente bonapartista” (Ramos, 1957, p. 438).

En el reportaje realizado por el politólogo Carlos Strasser en el libro *Las izquierdas en el proceso político argentino* (1959), Ramos vuelve a explayarse sobre la cuestión del “bonapartismo”. Allí no ahorra palabras para conceptualizar el problema: según Ramos, la oposición de las “izquierdas” al gobierno de Perón no tenía otro significado que el “de su propia ruina histórica”. El vacío de poder en el año 1945 dio como resultado un régimen bonapartista ya que los socialistas y los stalinistas eran “inexistentes”. Por su parte, la burguesía argentina no había logrado conformar un “verdadero partido nacional” en ese año (Ramos en Strasser, 1959, pp. 202-203).

En consecuencia, Perón tuvo ante sus manos una cuota de poder que le permitió avanzar en la construcción de un régimen policial arbitrado por una coyuntura económica de pos guerra que quebró todas las contradicciones y abrazó a todas las clases. A su manera, Ramos justificaba el Estado policial debido a que el gobierno de Perón debía enfrentar a las grandes potencias internacionales, la presión económica, el terrorismo ideológico; la provocación de las agencias de noticias, la acción de los partidos indígenas y los estudiantes hipnotizados (sic) y la adulterada tradición cultural de la semicolonias⁵. Para rematar su análisis de pretendida raíz marxista, señalaba: “ La única posibilidad de un gobierno revolucionario- aún en el caso de que adolezca de graves taras burocráticas, aún de tratarse de un régimen bonapartista- es presentar un frente férreamente centralizado”(Ramos en Strasser, 1959, p. 204).

En contraposición a la postura de Peña, Ramos reflexiona que Perón fue un agente propulsor de la industrialización, primero para la industria liviana y luego de la industria pesada. Invirtió para esos fines las divisas acumuladas por la guerra y echó las bases de la siderurgia”. En conclusión, para Ramos, el peronismo había dejado una herencia formidable con una red de sindicatos industriales y una conciencia política de los intereses nacionales a pesar que dejó en la clase obrera un retroceso en cuanto a la autoconciencia de sus intereses históricos.

⁴ El término fue usado por Nahuel Moreno, Silvio Frondizi y Milcíades Peña. El morenismo ya lo había adoptado en 1948 en un acto homenaje a Trotski, organizado por el GOM (Grupo Obrero Marxista). Silvio Frondizi lo utiliza en su obra *La Realidad Argentina*. Milcíades Peña va a retomar y reelaborar las lecturas de Moreno y Frondizi utilizando también el mismo término.

La burguesía nacional

Hemos visto que para Ramos existió una burguesía nacional que podía enfrentarse a las metrópolis imperialistas. Para Peña esta burguesía estaba asociada con el imperialismo y por lo tanto no poseía cualidades revolucionarias. Pero si Ramos confía en la fuerza de los movimientos nacionales, es gracias a la atracción que le produjo el peronismo y que estos movimientos superaban las limitaciones de la burguesía semicolonial transculturada por el imperialismo.⁶

Ramos creía que las inversiones extranjeras en Argentina redituaban beneficios al estado argentino, proletarizando a una parte de su población y desarrollando una actividad económica moderna que elevaba el nivel de vida en general. El sector industrial de capital extranjero en la Argentina objetivamente era considerado como un factor de progreso...” Sin embargo lo que Ramos soslayaba era el lazo de dependencia que mantenían esas industrias con el capital extranjero.

Por último, para Ramos el aparato estatal argentino configuraba un instrumento de crecimiento económico y de resistencia al imperialismo. Cita como ejemplos la Dirección de Fabricaciones Militares, los altos hornos de San Nicolás, las empresas nacionalizadas de transporte y comunicaciones e YPF (Ramos, 1964, p. 111). La respuesta de Peña fue contundente: a) el capitalismo de Estado argentino se comportaba de manera similar a las empresas privadas ya que la burocracia que dirigen dichas empresas se encuentran ligadas a la burguesía, b) el capitalismo de Estado en Argentina constituía un factor de estancamiento principalmente por el continuo despilfarro de los escasos recursos como en su inoperancia para la planificación. Esto acarrea uno de los principales factores de endeudamiento al capital imperialista (*Fichas*, 1965, p. 25)

En resumen: el capitalismo propulsado por el peronismo fue antes y después de él un capitalismo atrasado y dependiente, carente de posibilidades para llevar a buen puerto las transformaciones económicas e institucionales requeridas para el desarrollo de las fuerzas productivas que le permitirían romper con la dependencia de las metrópolis imperialistas.

CONCLUSIONES

En la década de 1930 en la Argentina, los incipientes grupos trotskistas generaron un debate en torno a la teoría leninista del imperialismo. También tomaron el análisis realizado por León Trotsky para la revolución Rusa, enmarcado en la idea de revolución permanente. Pero sobre todo encararon el problema que giraba en torno de la revolución en los países atrasados o semicoloniales teniendo en cuenta la siguiente cuestión: ¿la revolución sería socialista o democrático burguesa? Hemos visto que para el trotskista Liborio Justo la revolución democrático burguesa ya se había consumado en la Argentina, por lo tanto no era necesario llevar adelante una revolución antiimperialista. En contraposición, para el trotskista Antonio Gallo, la revolución debía ser socialista. Este debate volvió a surgir en la década de 1960 con el joven trotskista Milcíades Peña y el intelectual de mismo credo político, Jorge Abelardo Ramos.

Las divergencias giraban en torno a diversos aspectos relacionados a la evolución industrial argentina, la burguesía nacional, el carácter de la revolución y el peronismo. Si bien los dos tomaban el modelo leninista y consideran que Argentina era una semicolonía, subyacían diferencias sustanciales entre las dos miradas. Para Peña la expansión industrial comenzó

en la década de 1930 y no bajo el peronismo. Ramos alegó que el peronismo desarrolló una industria liviana pero no pudo llegar a desplegar una industria pesada. Consideraba que en la Argentina se había producido una revolución industrial que lesionaba los intereses de las grandes empresas imperialistas.

La polémica también retomaba el debate de los trotskistas de la década de 1930 y 1940 sobre el carácter de la revolución. Mientras que para Ramos la revolución tendría un carácter nacionalista para Peña la revolución sería socialista, brindándole una importancia primordial al proletariado, cuya arma principal sería la lucha de clases.

Con respecto al papel que jugaban las burguesías nativas en la lucha por la liberación, tanto Ramos como Peña tuvieron visiones diferentes. Para Peña las burguesías latinoamericanas eran incapaces de llevar adelante la unificación y liberación de América Latina, ya que sus intereses se hallaban entrelazados con los intereses de los países imperialistas. En cambio, Ramos considera que dichas burguesías pueden llevar adelante el proceso de unificación y liberación del continente.

Peña, rompiendo con el mito del peronismo como agente propulsor de la industrialización, demuestra a través de una serie de estudios, que el mayor impulso en materia industrial se dio en la década de 1930. Demostró que bajo el peronismo el aparato productivo se deterioraba y no se renovaba y que las divisas fueron dilapidadas.

FUENTES-DOCUMENTOS

a) Publicaciones periódicas

Revistas

Estrategia (1957-1958)

Octubre (1946)

Fichas (1964-1965)

BIBLIOGRAFIA

ASTESANO, E. (1953) *Ensayo sobre el justicialismo a la luz del materialismo histórico*. Rosario. Edición del autor.

AMARAL, S. (2000). "Peronismo y marxismo en los años fríos: Rodolfo Puiggrós y el movimiento obrero comunista, 1947-1955". En: *Academia Nacional de la Historia*, Buenos Aires, pp. 171-194.

DENNIS, PARERA, A. (seud. Milcíades Peña). (1964). "Naturaleza de las Relaciones entre las Clases Dominantes Argentinas y las Metrópolis". En: *Fichas de Investigación económica y social*, nº 4, pp.3-25.

FORNDIZI, S. (1957). *La Realidad Argentina. Ensayo de interpretación sociológica*. 2º Edición. Buenos Aires: Praxis.

COGGIOLA, O. (1985). *Historia del trotskismo argentino (1929-1960)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

CODOVILLA, V. (1947). "Batir al nazi-peronismo para abrir una era de libertad y progreso". Editorial Anteo.

GONZALEZ, E. (1995). *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Del GOM a la Federación Bonaerense del PSRN (1943-1955)*. Buenos Aires: Antídoto.

POLIT, G. (seud. Milcíades Peña). (1964). "Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial Argentina". En: *Fichas de Investigación económica y social*, año 1, nº 1, pp. 60-80.

JORGE, E. (1986). *Industria y concentración económica*. Buenos Aires: Hyspamerica.

LENIN, V. (1916: 1974). *El Imperialismo, etapa superior del capitalismo*, Buenos Aires, Polémica.

RAMOS, J. A. (1949). *América Latina, un país. Su historia. Su economía. Su revolución*. Ediciones: Octubre.

RAMOS, J.A. (1964). "La cuestión nacional y el marxismo". En: *La lucha por un Partido revolucionario*, Buenos Aires, Pampa y Cielo.

RAMOS, J.A. (1957). *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina. Las masas en nuestra historia*, Buenos Aires, Amerindia.

RAMOS, J. A. (1973). *El marxismo de Indias*, Buenos Aires, Planeta.

RAMOS, J.A, (1973). *Marxismo para Latinoamericanos*, Buenos Aires, Plus Ultra.

SABATO, J. (1979). *Notas sobre la formación de la clase dominante en la Argentina Moderna (1880-1914)*, Buenos Aires, CISEA.

STRASSER, C. (1959). *Las izquierdas en el proceso político argentino*. Buenos Aires, Palestra.

TARCUS, H. (1996). *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. Buenos Aires, El Cielo por Asalto.

TARCUS, H. (2003) Milcíades Peña. *Introducción al pensamiento de Marx*. Buenos Aires. El Cielo Por Asalto.

TERÁN, O. (1993). *Nuestros Años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1956-1966*. Buenos Aires, El Cielo por Asalto.

TESTA, V. (seud. Milcíades Peña). (1964). "Crecimiento (1935-1946) y Estancamiento (1947- 1963) de la Producción Industrial Argentina". En: *Fichas de Investigación económica y social*, año 1, nº 1, pp. 5-23.

TROTSKY, L. (1997-1917). *Historia de la Revolución Rusa*. Tomo 1. Buenos Aires, Antídoto.

